

EL MEDICO ANTE LA REVOLUCION PROLETARIA

POR EL PROFESOR LUIS LOPEZ DE MESA
BOGOTA

Resumen de un discurso de López de Mesa, en el banquete con que lo obsequió la Facultad de Medicina.

“Queridos maestros y compañeros: En estas circunstancias la oratoria de los franceses parece como de magia y hechicería, pues van jugueteando con el tema y revelando al auditorio joyas de dicción y felices hallazgos de pensamiento, como los faquires pudieran sugerir, en obra de minutos, el crecimiento de una planta, su florescencia e instantánea aparición de frutos delicados de indiscutible realidad sabrosa.

De muy otra manera proceden los ingleses, pues traen al discernimiento un motivo de meditación complicado y arduo, para desbrozarlo poco a poco, de todas sus complicaciones, y revelar su esencia en la diáfana arquitectura de su concepto básico.

Por nuestra parte, somos inclinados a brillantes juegos de emoción y fantasía, y así adornamos el discurso con frases que son a la manera de bombillas venecianas y un arco-iris final, deslumbrador y patético.

Nada de esto podría hacer yo en este instante: hablaré según el desordenado ritmo de mi pensamiento y de mis emociones.

Mas les pido previamente me concedan un minuto para una confidencia íntima, para una de esas reminiscencias que en ciertas ocasiones solemnes nos ahogan el discurso con la solicitud tenaz de su expresión.

Esta noche, que es para ustedes tan semejante a otras, se me incrusta a mí en el alma con caracteres exclusivos: Cierta vez, al regreso

de uno de mis viajes, me faltaba ya en el hogar mi madre, y tras uno de esos silencios en que se refugia el alma agobiada por los golpes supremos de la vida, pregunté en voz baja a la que presidía nuestra casa: "Hermana, ¿y a la hora de su muerte, dijo algo para mí?" "Ciertamente: Poco antes de entrar en agonía me llamó para encomendarme estas palabras: Dile a él que nunca me causó un dolor".

Esta noche mi madre espiritual, esta Facultad de Medicina, me transmite en las hermosas palabras de Jorge Bejarano y en la presencia de todos mis queridos maestros, condiscípulos y compañeros de profesión, un mensaje similar que yo pudiera traducir:

"Decidle a él que no me ha causado ningún rubor".

Benditas horas, aquélla lejana y ésta que vivimos, que estrangulan mi voz con tan agudo dardo de ternura!

Y ahora sí, hablemos de médico a médicos, hablemos de nuestros deberes en esta ocasión propicia.

Hay en la patria y en el mundo entero una áspera discusión entre la nueva generación y las ya maduras sobre la orientación política y social de las naciones. La juventud proclama que los problemas económicos son el elemento básico de la vida del hombre. Nosotros aceptamos que es un fundamento vital de prodigiosa potencia, pero no solitario ni exclusivo. Para nosotros hay una compleja estructura de valores sentimentales, intelectuales, morales, religiosos, patrióticos, artísticos, etc., con los cuales debemos armonizar los reclamos imperativos del amor y del sustento, estas dos columnas de la exégesis materialista de la sociedad y de la historia, porque aquéllos también son indeclinables, porque también ellos imperan en el alma hasta trocarlos por la vida cuando algo o alguien intenta usurparles su dominio.

Si ustedes me permiten, afirmaré que la mocedad va a ganarnos esta litis en primera instancia, pues parece ineluctable el movimiento de la humanidad hacia la nivelación. Así vemos que los señores ganaron a los reyes absolutos cartas legislativas para estabilidad y amparo de su clase; que el sacerdocio y las universidades hallaron fuero propio; que la burguesía menor, el tercer estado francés, adquirió al fin posiciones de defensa y de dominio. Hoy corresponde al cuarto estado, por decirlo así, o sea a la clase proletaria, su hora de reivindicaciones.

Con este análisis somerísimo se nos presentan dos observaciones muy pertinentes y educativas, la de que la evolución contemporánea es económica en la superficie y moral en el fondo, lo que nos pone en guardia sobre la negación que muchos jóvenes quisieran relevar de los elementos espirituales de la vida, de los "factores" espirituales, como ahora se dice. Esta persistencia de un valor moral es una enseñanza insuperable para nosotros en Colombia hoy día.

La segunda observación es la de que en cada jornada de reivindicaciones sociales se exagera el problema que lucha por hallar solución hasta constituirse en supremo y casi único, por donde conduce a las revoluciones sangrientas y a una reacción de imperio despótico de sus postulados, que sólo con el andar de los tiempos halla equilibrio. A esto contribuye el que todos los "inadaptados" sociales, semi-locos, ineptos y perversos, se acogen a un apostolado falso en donde fácilmente encubren su detrito moral y le truecan en irresponsable y aparentemente nobilísimo.

Pero el hecho de que en la evolución actual de los proletarios hacia un estatuto más enaltecido milite un concepto de ética recóndita, se puede demostrar con el informe de que no es una mera lucha de clases, sino, también, un movimiento ascendente de las razas inferiores: Los negros de Norte América, los indios de Méjico, del Perú y de otras repúblicas de la América española y los mongoles del Asia, por ejemplo, van destacando una personería social nunca antes sospechada siquiera. Asimismo las mujeres y los niños entran en esta exaltación, y para que no quede la menor duda, los animales aprovechan de ella en consideraciones que a veces llegan hasta la ridiculez y la extravagancia.

Ante estos hechos se nos presentan dos líneas de conducta: A nosotros cumple y compete definir lo esencial perdurable de los valores básicos de la vida de que estoy hablando. Tarea gigante, sin duda, pero indeclinable deber de nuestra generación. Ello es difícil, que para sólo definir el elemento patriótico yo he tenido que disertar muy ardua y prolijamente en mi discurso de recepción de la Academia Colombiana, y muchos años llevo de estar meditando y estudiando los otros problemas, como es el de hallar el concepto esencial de nuestra cultura, la posición de las ideas estéticas, la valuación del sentimiento religioso, etc., sin obtener resultados satisfactorios.

Y corresponde a la juventud defender sus tesis de las graves perturbaciones pasionales e ideológicas que las desvían y tornan socialmente antipáticas. De estos peligros voy a destacar los tres mayores, dándoles el nombre de conflictos anti-sociales, o complejos, recordando un poco a Freud, y aun corrigiendo en parte su evangelio pan-erotista.

Y diré que el primero es el conflicto de Polifemo: Emocionado me trae y casi atónito la capacidad de los griegos primitivos para simbolizar artísticamente las esencias de lo humano. Polifemo es el reverso repulsivo y trágico de Prometeo... Se inicia ahí la lucha de Ariel y Calibán; se repite con ello la pugna entre Ahrimán y Ahura-Mazda. Es el eterno maniqueísmo con que los pueblos en trance de alumbramiento teogénico explicaron las tremendas complicaciones de la conducta humana. Mientras que Prometeo padece el desgarramiento trágico de

las entrañas por dotar al hombre de bienes fundamentales para el triunfo de su especie, representando así la suprema función altruista, Polifemo es el egoísmo implacable y grosero que devora la sociedad en provecho de su gula y torpe sensualidad. Homero y Hesíodo le caracterizan cíclope, es decir, dotado de un ojo apenas, para que la orgullosa ciencia del siglo veinte pueda apreciar la hondura de su símbolo, ya que así se define la imposibilidad en que se halla para la percepción de los relieves, de los volúmenes, de la visión estereoscópica, como ahora dicen los sabios. Los dos ojos espirituales nos permiten contemplar lo individual y lo social: Polifemo, el egoísta, sólo podrá percibir un aspecto: por eso es cíclope. Y le hicieron hijo de Neptuno, divinidad abisal, dios de los abismos. Y le representan comedor de hombres, antropófago inmisericorde de insaciable apetito.

Circe es la otra creación simbólica que quiero recordar a ustedes. Representa la sensualidad de la carne. Hija de Hécate, diosa lunar, para que se entienda su predilección por la penumbra de los escondites, diosa del averno y no de los campos libres que ilumina el sosegado cielo de las estrellas, arrulla a los hombres con cánticos de irresistible sortilegio, los convida con la belleza fascinante de su cuerpo divino, y los sienta a la mesa de su banquete, en fin, para transmutarlos en cerdos de miseranda esclavitud. Cómo recuerda esto la acción deletérea del treponema pálido, veintiocho siglos antes de que el microscopio de Schaudin la revelara al mundo!

Y se nos aparece el tercer conflicto anti-social en la persona de Midas, el monarca macedonio que reinó en la Frigia y regiones vecinas del occidente asiático. Dionisos lo regaló con la gracia deletérea de convertir en oro cuanto tocara su cuerpo, y de ahí surge su perdición, que ya nunca disfrutará de bebida ni alimento, ni otra cosa sentirá en las manos que no sea el reluciente metal de su ambición. También nosotros lo hemos visto destruyendo la sana alegría de las emociones normales, pues un millonario llora a solas casi siempre por la convicción cruel de que el respeto y la alabanza, la amistad y el amor, el afecto mismo y la ternura, cuanto tocan sus manos, es el oro disfrazado de sus arcas; Midas trágico, al fin, como aquel símbolo desconcertante de los griegos.

Estos tres conflictos anti-sociales están estorbando la depuración de un concepto moral que se esconde en los pliegues íntimos de la revolución proletaria, y la juventud, envuelta en ellos, no los ve, no puede verlos aún. Corresponde a nosotros hacer esta revelación y sustentarla: Nos corresponde como ciudadanos del mundo, y como miembros de una corporación fundamentalmente social.

Permítanme ustedes que aclare esta opinión sobre la deontología de nuestro gremio.

Medicina viene etimológicamente de "medicus", adjetivo derivado del verbo "mederi", curar. Con esto se satisfacen los diccionarios. Pero ello tiene más hondas raíces, que ilustran admirablemente nuestra misión primogénita. "Mederi" deriva de una remota raíz sánscrita, cuya grafía pudiera ser "medh" o "meth", que significa propiamente conjurar. "Iatros", el equivalente griego de "medicus", emana, a su vez, de un remoto radical "yu", que igualmente expresa la acción de conjurar, como su derivado "yogavid", y que en el moderno indostani perdura en "yogui", apelativo general de los hechiceros de la India.

De tal exégesis surge clara nuestra misión primordial de conjuradores: Médico significa, pues, conjurador de males.

Ahora bien: La medicina pasó de la etapa de curador de individuos, a la bellísima de protector de familias, médico de familia, esa noble institución que está muriendo hace medio siglo. Ultimamente se le ha asignado una función eminentemente social, por cuenta del Estado o dentro de las normas de la industria. De ahí nos viene la nueva obligación de curar de los intereses morales tanto como de los físicos: Nuestro sacerdocio se complica y extiende en esta dilatada esfera a que nos conduce la cultura contemporánea.

Para ello nos auxilian nuestra tradición y la metodología de nuestros estudios. En nosotros es hábito ya y casi, casi segunda naturaleza, el proceder por severa inquisición de la causa. Somos los investigadores infatigables del "por qué", muy en contra de los adictos de la política trivial que persiguen ahincadamente un "para qué" de conveniencias fugaces. Entre ellos y nosotros hay esa diferencia, leve en la expresión gráfica, que apenas separa la distancia fonética que existe entre una O y una A, pero insalvable si la contemplamos como representativas de los dos reinos conceptuales, el de la noble causalidad y el de la finalidad egoísta.

Y por lo que respecta a la tradición, todo panegírico resultaría apocopado y exiguo. Nuestros maestros fueron patriarcas del deber, ministros de un culto. Sus nombres perduran en la conciencia de la Nación con orla de reverencia, dentro de su sabiduría, unos; dentro de su santidad, otros; en altas cumbres de dignidad, el conjunto.

Queridos maestros y compañeros míos: Viene en este instante a mi memoria el venerable claustro de Santa Inés. Si me parece que le estoy viendo. Que acabo de llegar a la prima hora de la noche en busca de la biblioteca que ya muy pronto abrirá Francisco de Paula Barrera, estudiante entonces. Mientras tanto me paseo por el corredor occidental. Tras los cerros vigías del oriente va surgiendo una luna limpia y llena, como si trajese luz fresca de las ardientes planicies del Orinoco. Brisa suave mece a intervalos los almendros y enhiestas cañabravas del patio enrejado y coqueto, y el susurro de las hojas se enlaza ondulan-

do y jugando con el tenue murmurar de la fontana. De norte a sur me paseo por el costado occidental; ya la luna parte en dos, penumbra silenciosa y nacarina claridad, el espacioso claustro. Su majestad conventual se apodera de mi fantasía. Mis pasos repercuten con resonancia vagorosa de soledad, y al devolverlos el eco a mis oídos, creo percibir las voces sosegadas de tantos maestros que en ésta y en ésa y en aquélla otra aula enseñaron normas perdurables de ciencia y de conducta a juventudes ya extintas o ahora en atormentado tributo de próxima senectud...

Ellos me recuerdan estas dos leyes militares de la sabiduría: que sólo el conocimiento engrandece nuestra individualidad exigua, multiplicándola por el caudal de ideas que poseamos, y que la donación social de nuestra vida es lo único que la hace perdurar victoriosamente”.

